

tigazos. Pero ella ama a su madre «Costó años arrancarme la necesidad de su cariño, porque con el menor retorno de efusión en ella renacía mi cariño. Ahora veo claramente que ella y mi padre y las condiciones de vida que nos rodeaban pervirtieron mi cariño y mi vida».

Y más adelante agrega: «Hay lágrimas que no se olvidan nunca. Lágrimas infantiles que dicen que no significan nada y penas que aseguran que los niños olvidan. Me siento fatigada de recuerdos de lágrimas. y de penas». A través de todo el libro (1), vibrante de un realismo conmovedor que a ratos se ve la de sobria poesía, encontraremos el desencanto de un alma que, al asomarse a la vida, sólo encontró la tristeza de la miseria, la incompreensión de los padres, la desesperación de la soledad.

Demasiado joven, vése obligada a emprender la marcha sola, frente a un porvenir incierto. Odia su pasado y quiere ser libre. Ninguna amarra es su consigna. Y lucha valientemente con el destino, con los hombres, con su corazón. Se desgarrara, pero vence. Y sigue adelante, con la voluntad tensa, en guardia contra todo y contra todos en la vorágine de la sociedad yanqui.

Luego se mezcla a los grupos revolucionarios y entra en relaciones con los representantes del nacionalismo hindú. La guerra europea está en su período álgido y se insiste en la necesidad de la intervención norteamericana. Los socialistas luchan contra esa idea. Agnes Smedley

estará con el partido de la Humanidad.

También ayuda a los hindúes que desean emancipar su patria de la tutela inglesa. Entre ellos conoce al hombre que, por primera vez, la hace sentir el amor. Hasta entonces, ella ha entregado su cuerpo y nada más. Ha sido libre. Ha vencido las acechanzas de la pasión que aniquila la voluntad y cambia el eje del destino. Ahora es vencida.

Pero el pasado, un episodio del pasado, ensombrece el júbilo de su amor. Después de una felicidad demasiado breve, penetra, de nuevo, en su vida, el soplo trágico. Queda sola, la voluntad se ha sobrepuesto a la pasión y para huir, acaso, de sí misma, compone su libro que: «es la historia de una vida escrita en la desesperación, en el infortunio. Escribe de la tierra en que todos nosotros habitamos, de las alegrías y tristezas de los humildes, de la soledad, del dolor y del amor». —E. G.

POESIA

ALONDRA, por G. Luzuriaga Agote (1)

Como decía el bueno de Omer Emeth cada vez que un libro de poesías llegaba a sus manos, debo decir yo después de leer «Alondra»: la vieja y cansada cuestión del amor. Pero mientras el crítico católico hacía un largo reparo al tema predilecto de todos los poetas del orbe, yo diré que el tema es cuestión

(1) Editorial Cenit. Madrid, 1931.

(1) Ediciones J. Samet. Buenos Aires. 1931.

secundaria cuando el poeta tiene talento.

Versos para niños o cantos de amargura desgarrada, lo esencial es el sello personal que el hombre pone en su estrofa. Todos aman en la vida, pero no todos saben decir a los demás el amor que sintieron. Y ahí están, vivos todavía, Musset y Heine y Bécquer, tres cumbres líricas que cantaron solamente a la mujer y que vivirán siempre, a despecho de críticos católicos y de comentadores sin emoción.

Este poeta argentino autor de «Alondra» se abre paso con su primer libro. No es cosa común que un poeta joven, casi desconocido ayer, alcance cierta resonancia con el libro inicial, y deje esperar frutos mejores y más logrados.

Luzuriaga Agote supo desoír el llamado de los vanguardistas—moda, y pasajera, como buena moda— y dar libertad a su verso armonioso y sencillo, dentro de los viejos y eternos moldes que distinguieron siempre a la poesía de la prosa. A base de emoción, sin imágenes descabelladas y extravagantes, escribió este libro que tiene mucho de bueno y mucho más de prometedo. Nada de posturas difíciles. Hay en «Alondra» sonetos bellísimos, de estricta forma clásica y con fuerte espíritu de hoy. Hay romances— la forma vieja que tantos cultivadores tiene ahora — como «Romance de ensueño» y «Romance» que recuerdan, por su entonación, los claros romances de la España clásica.

Buen augurio es este libro para la poesía del Plata. Buen augurio

porque nos muestra que la juventud argentina retorna al clasicismo, tan maltrecho por las corrientes innovadoras.

CIENCIA DE LA PALOMA Y TRÉBOL
por José Varallanos.—Lima, Perú, 1931.

Este libro de poemas tendrá distribución gratuita, según nota impresa en su página última, y su tiraje es sólo de 145 ejemplares. Como los lectores de ATENEA en su mayor parte, se verán en la imposibilidad de leerlo, copio aquí un poema que les diga la orientación y la manera de este poeta peruano:

Un adolescente en el alba,
intentando su presencia,
sigue el instinto del ave.
suenan canciones exactas.

El agua misma rebota
en los cauces próximos,
resplandece en pescados,
y el árbol rejuvenece
en hojas tiernas. sonoras.

De fuga íntegra sabe
sólo ese camino aromado.
Ah, incendio de amapolas,
campanadas de retorno.

Fuera quedaron los rieles
en meridianos conocidos.

Bandera para tus voces,
con tanto color exiguo.

Más el jardín interno!
ya no más flores exhala!

Pegada a mi oído la musicalidad
del verso clásico, con su claridad